

DEL ROCIO

AL

CIELO

## CURRO

**H**ola. Yo soy Curro.

Y podéis decir, ¿qué Curro?. Y es que hay tantos Curros en el Rocío...

Yo soy uno de los hijos de Antonio, el guarda forestal. A mi abuelo, seguro que le conoceréis mejor, es Curro el de la guapa y mi abuela es Rosario, la carbonera. Si por estas señas aún no me conocéis, no vayáis a sufrir, ya que lo más importante es lo que os pueda decir.

Hace ahora un par de años, cuando entré en el cole, aquí en el Rocío, había un maestro que cada vez que pasaba en busca de los niños se quedaba mirándome y se metía conmigo. Me decía: " Curro, Currillo, te tiemblan los flequillos".

Me veía cara de bueno, (que es la que tengo siempre), se acercaba y me tiraba de la nariz metiéndola entre los nudillos, me rascaba las orejas o me pasaba la mano por los pelos como si mi cabeza fuera un cepillo.

Otros días me hartaba a preguntas sobre mis padres, mis abuelos y toda mi familia entera. Yo no sabía para qué y ahora que tengo ya casi seis añitos y por fin lo voy a tener de maestro de patio, me ha entregado un montón de hojas escritas y me ha dicho que para mí y que me las lea mi papá.

Yo siempre veo pasar a este maestro con el chándal camino del patio y jugar con los niños a las canicas, al trompo o con las cuerdas a tarzán. Los amigos de mi hermano, e incluso él, me han hablado de las cosas estupendas que hace con ellos. Dicen que se llama Jerónimo, Chema o algo parecido.

Yo, aunque no sé leer con estas letras de máquina, he intentado descifrar algunas palabras de los escritos. Ya he aprendido muchas letras y me voy defendiendo en reconocerlas sueltas y amarradas, como dice mi seño. Pronto podré leer estas historias sobre mí.

Espero que de todas las cosas escritas no haya errado mucho y así os guste y os lo paséis tan bien como yo me lo he pasado contándoselo.

PRIMERA PARTE

EN LA ALDEA.



## Mi burro ya sabe leer ¡ia!

Sabéis que me gustan mucho los animales. Tenemos en casa un burro que tiene mi misma edad. Un amigo de mi padre tenía una burra preñada en la marisma y cuando la saca de hace tres años, venía en medio de las yeguas un burrito trotón y con cara de espabilao. Mi papá lo cambió por un potrillo.

- Este burro para mi Curro - decía él a sus amigos.

Ya tiene tres años y nos podemos montar en él. Mi hermano Antonio le pone el cabezón, le saca sus enormes y peludas orejas entre las cuerdas y juega con ellas. Él mueve la cabeza a uno y otro lado en un afán de deshacerse de sus ataduras y correr en libertad.

Mi hermano me monta, después se sube él tras de mí y me agarra para que no me caiga, y con un ligero trotecillo nos pasea por las calles de tierra que no se nota que pisa si no es por los tropezones que da, de lo veloz que quiere ir.

Un día que llegué del cole, le encontré rebuznando y descubrí que decía, ¡ ia, ia, ia! . ¡Pero que bien!, mi burro va a aprender a hablar, ya que une la i y la a. Le quité a mi mamá una hoja de papel de estraza y le escribí una *í* grande, como la que yo hago en el cole.

-¡ Eh, Lucero, ¿Qué letra es esta?. La del puntito.

Lucero me miraba con ojos brillantes y movía las orejas en un espantar las moscas.

-¿ Qué letra es?- le repetí.

Se agachó a coger un trozo de pan duro y comenzó a roerlo.

- Pero, ¿ qué letra es, so burro?- le dije.

Ni caso. Me marché para mi casa, cuando entré por la puerta Lucero me llamaba: *j ia, ia !*

- *jia, ia!*. Lo serás tú Lucero. E ignorándolo, me fui a merendar.

## El jinete

Ayer viniendo del cole, vi un caballo precioso. Era negro azabache y me llamó la atención porque venía levantando las manos con una gracia que no he visto en caballo igual.

El jinete que lo montaba era amigo de mi papá. Se llama Juan y es desbravador. Alguna vez que hablaba con mi papá, lo he escuchado que le gusta que le llamen “Juan Jinete”.

Juan Jinete monta muy bien cualquier caballo y entiende todo tipo de domas.

Cuando pasó por mi lado lo llamé:

-¡ Juan Jinete!. ¿ Me montas?.

Mi hermano me dio un tirón de la mano para que no le insistiera.

Juan Jinete que vio como mi hermano me tiraba soltó una gran risotada. Le hizo mucha gracia:

- ¡ Je, Je!. Un poco más y le tiras al suelo Antonio.-Y dirigiéndose a mí me dijo -. Currillo, voy saliendo para el campo, pero te prometo que esta tarde te daré una vuelta por el Rocío.

Juan Jinete siguió su camino. El caballo movía su cola, espantando los tábanos y las moscas que se querían cebar en sus carnes. Picó espuelas y comenzó a galopar, perdiéndose tras un recodo del camino.

Espero que a la tarde Juan Jinete se acuerde de su promesa y me dé un paseo por mi aldea.

## EL GATO FAUSTINO

**F**austino es el gato de mi vecino Rafael. Todas las mañanas lo veo salir de su casa cuando voy para el colegio. Se pasea delante de ella refregándose el lomo entre las barandas de la entrada.

Otras veces lo veo agachado haciendo caca y con el rabo elevado, después se vuelve, lo olfatea y con sumo cuidado la tapa con sus manos como si de un tesoro se tratara.

Faustino se levanta muy temprano y caza fáciles ratoncillos que se esconden en la cuadra de la trasera de su casa.

Rafael me cuenta que es muy buen cazador, pero que en invierno, cuando llueve, no le gusta mojarse sus delicadas patitas con el agua y huye de todos los charcos de la calle y del patio. Entonces, el granero de la cuadra se llena de ratones y Rafael no para de poner perchas.

Lo que más le gusta en invierno es tenderse junto a la chimenea al calor del fuego. A veces, pone una cara fea como refunfuñando y se ejercita lamiéndose los bigotes y haciendo fu, fu, fu.

El otro día pasé por su puerta, Faustino estaba echado en la entrada. Sin querer, le pisé el rabo y "Fffff", me dió un zarpazo con sus garras y me surcó la pierna.

Faustino se fue refunfuñando cuando mi perra "Gala" salió en mi defensa. Lo arrinconó, y sólo sabía hacer "fu", "fu", "fu", elevándose para parecer más grande subiendo su rabo para no perderlo en un mordisco de "Gala".

Rafael salió para salvar a su gato de un buen susto. Cuando me vio echando sangre, me limpió los arañazos y me puso un vendaje.  
- Mañana- me dijo - le voy a cortar las uñas para que no arañe más.

Yo me lo creí. Faustino así no sería un gato feliz, no podría arañar las puertas, ni las patas de las mesas para afilarse las uñas, ni hacer agujeros en la tierra para esconder sus tesoros.

## " El amigo Búho".

Hace unos días a eso de las seis de la tarde, salgo al corral de mi casa a escuchar los cantos de mi amigo Búho. Su canto no suena alegre como el del verdón, ni el del canario. Suena como si estuviese buscando algo.

- Papá, ¿ Puedes venir conmigo al patio?. Le dije a mi papá.
- Voy. ¿ Qué te ocurre Curro?. Me contestó.
- Es que llevo unos días escuchando a un búho en el corral y me gustaría que me dijeras si es un macho o hembra.

Mi papá me acompañó y vimos a un animal que con la cara regordeta y con un porte magnífico movía su graciosa cabeza a uno y otro lado, en busca de no sé que.

- No es un búho, Curro, es una lechuza.
- Bu, bu, bu, bu, bu.

Mi papá me dio la mano y me hizo gestos para que me callara y con mucho sigilo y casi de puntillas nos escondimos detrás del leñero. Estuvimos largo tiempo agachados y en silencio, observando sus poses y cuando no lo esperábamos se lanzó en un vuelo preciso sobre algo que se movió sobre los empedrados del patio.

Al momento, nada más atraparlo y con un ágil vuelo, desapareció de nuestra vista.

- ¿ Qué ha pasado?. Le dije a mi papá.
- Has presenciado la caza de un ratoncillo.
- ¡Pobre ratoncillo!.- Exclamé.
- Todos han de vivir. Unos dependen de otros.- Dijo papá.

Mi papá llevaba razón, si no había ratones, ni ranas, ni animales más pequeños, no podrían vivir los búhos, las lechuzas y otros animales.

Me acordé de Faustino, al bueno de Faustino se le iba a acabar el trabajo con muchos búhos en el Rocío.

## LA FAROLA

Cuando salgo de noche a la calle, lo que más me gusta es el silencio, roto sólo por algún televisor subido de volumen. Lo ponen así para demostrarse que no están solos.

Mi mamá me mandó a casa de Rafael, mi vecino, para que le pidiera un poco de sal.

La calle, iluminada por las cuatro farolas, daba un aspecto triste y oscuro. Mi hermano dice que esto es fantasmagórico. No sé qué es esto, pero no me asusta la oscuridad, sólo lo desconocido.

Cuando entré en el soportal de Rafael, la puerta estaba entornada y la luz que salía de la chimenea iluminaba el salón reflejando en la pared las sillas, la mesa y a Rafael dormitando en su sillón. Faustino estaba en su cojín en el suelo y al verme dio un maullido.

- ¡Rafael!.-Grité desde la puerta.
- Sí.¿Quién es?.-Dijo él entre dientes, como viniendo de otro mundo.
- Soy yo, Curro.Dice mi madre que si tienes una pizca de sal.
- Estaba dormido. ¿Y qué sal quieres ?. ¿Gorda o fina?.

Me encojé de hombros. Mi mamá no me había dicho de qué tipo quería. Rafael salió para la cocina y yo aproveché para acariciar a Faustino que se había vuelto a dormir. Ni se inmutó.

- Aquí la tienes.-Me dijo mientras me alargaba el bote.
- Mi mamá me ha dicho que sólo un poco.
- Dile que use la que quiera. Tengo ahí más. Hoy por ti, y mañana por mí.-Me dijo.
- Gracias. –Le dije con cara de extrañeza. No entendía lo que me había querido decir

Al salir de la casa de Rafael, miré de nuevo la calle. No estaba igual. Me pareció más iluminada.

¡Anda!. ¡Una farola nueva!. En el cielo observé una farola redonda, blanca grande y blanquecina que iluminaba no como las otras, ya que ésta se movía y me daba la impresión que me seguía. Yo por más que la miraba no le veía palo ni hierro del que estuviese colgada y me parecía que flotara en el cielo lleno de estrellas.

Me encojé de hombros. ¡Ya está!. ¡Sería una farola moderna o tal vez una linterna!.

No sé lo que sería, pero me dí cuenta que se veía la marisma en su oscuridad. ¡Anda!. ¡Ya está!. Seguro que es la farola del campo que la encienden para que los animales no anden de noche a oscuras.

Con estos mis pensamientos entré de nuevo en casa, no sin antes volver a echarle una nueva miradita a esa luz maravillosa y desconocida.

## Yo seré guitarrista

Ayer domingo junto a mi casa había una fiesta flamenca. Era temprano cuando ya se escuchaba el jaleo de preparación de las comidas, de entrar y salir personas preparando los trajes y monturas.

Mi mamá se acercó a nuestro cuarto y nos dijo:

- Hoy tenemos aquí junto jarana. ¿Cómo habéis pasado la noche?.
- He escuchado el sonido de una guitarra hasta que no pude más y me quedé dormido. -Contestó mi hermano.

Yo, al escuchar eso de jarana y en la casa de junto, me alegré. Me vestí rápidamente. No quería perderme los ajetreos que se dan cuando hay una fiesta, los coches en las calles, los caballos, la limpia de los animales, los carruajes y sus enganches.

Los vecinos que son de Sevilla me conocen. Me llaman "Currillo" porque soy pequeño. Yo ando por su casa como por la mía.

Ellos traen a una cocinera muy gordita y graciosa que se llama Encarna. Me quiere mucho y me deja entrar en su cocina a probar todos sus guisos que están para chuparse los dedos. Ella cuando me ve me da un achuchón y me llama "palomo mío". Debe de ser una especie de palomo del que no hay en el Rocío. A mí me agrada que me lo diga, me suena bien y me sabe aún mejor todas sus comidas.

En un rincón de la casa tienen una guitarra flamenca metida en una funda de tela, cuando entro siempre me quedo mirándola. Enrique, su dueño, me dice que está dormida y que por eso no me la enseña, él teme que se despierte. La llama "Dolores" y dice que se queja cuando la tocan.

Yo no me creo que esté dormida, ni que se queje. Me parece que Enrique no quiere que la coja, no vaya a rompérsela.

"Dolores" la guitarra, tiene una enorme boca por la que canta, se queja o suena. Dice Enrique que se le ven las tripas de tanto rasgueo. Me ha prometido que cuando la jubilen me la va a regalar para que yo aprenda a tocarla y a sentir las canciones de mi Rocío.

Yo sueño algunas veces con Dolores, anciana ya y en mis brazos. Le hago cosquillas y ella se ríe abriendo aún más la enorme boca, pero por más que miro, no le veo las tripas.

## La pedrada.

**E**stoy tendido en el suelo y siento que algo cálido corre por mi frente. He cerrado los ojos para no ver este líquido rojo que cae desde mi cabeza.

Los niños se alborotaron tanto que mi Señor, que estaba en un banco sentada, acudió rápidamente a socorrerme.

-¡Curro!.-Me gritó mientras me incorporaba. Con un pañuelo de papel me secaba la sangre e intentaba que no saliera más.

-¿Qué has hecho para hacerte esto?.-Me dijo.

-Señor, yo estaba jugando con Pablo y vi de pronto una piedra que volaba hacia mí.

-Pero Curro, si las piedras no vuelan.-Me dijo un poco malhumorada.

Mi maestra tenía razón. Las piedras no deben de volar, pero esta lo hizo. Yo la vi que sin alas ni nada venía derechito hacia mí..

Mi herida seguía sangrando. Me había hecho una gran brecha.

-¿Está tu mamá en casa?. Me preguntó mientras intentaba apartar a los niños que acudían como moscas a la miel.

Me encogí de hombros.

Me llevó hasta el botiquín y allí me puso una gasa con agua oxigenada.

-Te voy a acercar al médico. Esto no me gusta.- Dijo entre dientes.

Mi Señor dejó a todos los niños con otra Señorita, me montó en su coche y me llevó al ambulatorio.

Todas las personas que estaban esperando en el ambulatorio se portaron muy bien y nos dejaron pasar al ver que me llevaban agarrado de la mano y con la cara ensangrentada.

-¿Otra vez aquí, Curro?.-Dijo la médica nada más verme entrar.

-Viene chocado.-Acentuó mi Señor.

-Es que ví una piedra volando y me ha dado aquí.-Le señalé donde sangraba.

-Ya se te ve donde debe de ser. ¿ Tú eres un valiente?.

-Pues claro.-Le dije.

-Esto puede que te duela un poquito.

Me llevó hasta el lavabo y sacando agua de un bote con una jeringa me lavó la herida. Su ayudante le acercó una bandeja con unas tijeras y otros aparatos.

- Te vamos a pelar al lado de la herida y te vamos a coser.-Me dijo muy seria.

Miré a mi maestra que se encontraba peor que yo. Se sentó en una silla y de lejos intentaba darme los ánimos que ella no tenía.

Con las tijeras me hizo un trasquilón. Luego cogió una aguja doblada y sin que me diera cuenta, me cosió la cabeza.

Cinco puntos cinco. Y sin una lágrima.

-Pero Señor, que esto no es nada. Sólo lo siento por el trasquilón.-Las tres mujeres se rieron con mi ocurrencia.

De vuelta al cole mi maestra me sonrió y me dio un pellizco en el cachete.

-¡Sí que eres valiente!.-Me dijo.

### Mi mamá está malita.

**H**oy me he ido al cole un poquito preocupado. Esta mañana mi mamá nos llamó como de costumbre temprano. Yo ya estaba con un ojo abierto como las liebres y el otro cerrado para disimular que dormía

Mi mamá se acercó con mucho sigilo y nos zarandeó a mi hermano y a mí para que nos levantásemos. Al encender la luz le noté cara de preocupación y en uno de sus ojos vi como le corría una lágrima hasta le mejilla.

- ¿ Te pasa algo?. Le pregunté.
- No Currillo.- Me dijo dándome un beso y un abrazo muy apretado que me extrañó.

Antonio se esperezaba y bostezaba pareciendo un león muerto de hambre como los que salen todas las tardes en la tele.

Mi mamá nos preparó las tostadas y los vasos de leche. Yo me las comí en un santiamén, terminando mucho antes que mi hermano, que pastueño, le quitaba los cortezones al pan dedicándose a requetemasticar los bocados que más que una boca parecía una cañería atascada.

- Antonio, hoy también llegaremos tarde al cole.- Le dije.
- ¡ Bueno, y qué!.- Me contestó.
- Pues que te des prisa. A mi seño no le gusta que lleguemos tarde y a mí tampoco.

Mi mamá no dijo nada. Creo que ni se enteraba. Absorta, miraba a un rincón, sería y pensativa. Cogí el peine y me acerqué a ella.

- Mamá, pero, ¿qué te pasa?.

No me contestó. Me quitó el peine de las manos y comenzó a peinarme como cuando era chico. Me miraba a los ojos y me sonreía. Empezó a mover la cabeza a uno y otro lado y pronunciaba en voz baja mi nombre.

- ¡Ay!. ¡Currillo!.

Me asusté un poco. Nada más decirme esto, mi Mamá se levantó muy ligera, dirigiéndose al cuarto de baño. No le dio tiempo llegar y en la misma puerta cayó la primera harcada de vómitos.

Mi hermano y yo nos miramos con ojos asombrados. No había visto a mi mamá nunca tan malita.

Mi hermano trajo la fregona con el cubo y comenzó a recoger lo que había vomitado mi mamá. Cuando salió del cuarto de aseo se acercó a nosotros y nos cogió de las manos y nos dijo con cara muy seria.

- Chicos, Mamá no está enferma. Es que...

Silencio y ternura.

- ¿ Os gustaría tener otro hermano?.

Mi hermano y yo nos quedamos boquiabiertos. Sonreímos en gesto de complicidad y afirmamos con la cabeza ya que no nos salían palabras de dentro.

Camino del cole y muy serio, pensaba en contárselo a mi seño, pero no sabía cómo decírselo y es que esto de tener hermanos no se hace todos los días.

SEGUNDA PARTE

EN EL ENTORNO.

## Ya vienen los ánsares

- "Ya están ahí". -Dijo mi hermano señalando el cielo.

Miré arriba y vi la primera formación del año. Parecía la punta de una flecha volando en los aires. Por lo menos debía de haber cuarenta o cincuenta o más. Pasaron a tanta altura que no los podía contar. Sus graznidos se dejaban escuchar abajo y exhaustos se comenzaron a echar en la marisma. Quien los guiaba parecía que daba la voz de aviso y les anunciaba que allí estaba el paraíso.

- "Mira cómo se tiran que parecen que caen"-. Volvió a comentar mi hermano.

No tardó mucho cuando vimos otra bandada. Ésta parecía volar más bajo, casi a tiro de piedra. No es que les fuéramos a chocar, pero debían de volar así porque barruntaban el agua y la comida.

La última bandada que oí, era ya de noche cuando la escuché. Salí al patio a echar un poco de pan a Lucero y con los rayos de la Luna vi cómo se desplazaban hacia el mismo sitio. Deben de ser unos animales fuertes e inteligentes, pues el venir de tan lejos y no equivocarse en las distancias, tiene que ser meritorio.

- "Lucero, vamos a tener muchos amiguitos en la Marisma este año.-Le dije.

Mi burro me miró. Parecía que me entendía. Le ví mirar y en uno de mis descuidos me dio un mordisco en el cortezón duro que le traía.

- "Tú siempre pensando en lo mismo. Y yo que creía que tú serías un burro inteligente.-Le dije, no pudiendo contenerme.

Lucero me miraba con los ojos tiernos de siempre, aquellos ojos de animal que expresan entre la ignorancia y el cariño, ojos de animal que espera que simplemente nos portemos como ellos lo harían con nosotros. Lo acaricié y le dije:

- "Y de postre, un beso".

## La mula torda

Todas las tardes, mi abuelo Curro coge la mula torda y la lleva al cerrado para que coma forraje que allí tiene sembrado.

Algunas tardes, si mi mamá me deja, acompaño a mi abuelo. Yo llevo la cuerda de la mula, y aunque mi abuelo va a mi lado, voy dando carrerillas para que Palmira no me pise.

Un día cuando llegamos, mi abuelo le puso la traba, le amarró la cabezada al cuello y la dejó marchar dando saltos con los pies juntos. Movía con lentitud sus pies arrastrándolos, y de cuando en cuando, alargaba sus pasos para alcanzar más distancia.

Nos sentamos bajo la encina grande y sacamos, yo el bocadillo y mi abuelo, un rubio melocotón.

El silencio, roto por el trino de algún pájaro, la temperatura agradable, la yerba tierna y fresca, hicieron que nos echáramos un ratito.

- ¡Abuelo, que bien se está aquí!.- Dije a mi abuelo.
- Sí, siempre que no tengas que trabajar.- Dijo él. Yo, cuando tenía quince años, ya iba a segar a las cuadrillas. Salíamos de madrugada y cuando regresábamos, ya el sol se estaba ocultando. Trabajábamos de sol a sol.

Nos fuimos quedando aletargados hasta que nos dormimos. Al rato mi abuelo me llamó:

- Despierta, Curro, que ya son las siete. Ve por la mula que está bajo la encina.

Eché una carrerilla hasta donde estaba la mula. Le acaricié el pecho y me fui agachando tocándole las patas para destrabarla, tal como mi abuelo me había enseñado. La cuerda trenzada de la traba era fácil de quitar, cuando escuché:

-¡Mmmm!

Miré a la mula. ¿Hablan los mulos?. - me pregunté.

- Abuelo, abuelo, la mula ha dicho ¡ Mmmm!
- Si los mulos no pueden mugir.- Dijo mi abuelo -. Mira.

Me señaló donde yo había desatado a Palmira. Tras los matorrales asomaban dos cuernos, los de Eleonora, que se puso en pie y volvió a llamar a su ternerillo.

Yo con mi abuelo me volví a la aldea. Hoy he aprendido que los toros mugen y los mulos ...¿relinchan?.

## " La garrocha "

Ayer me llevó mi abuelo a la marisma. Iban a marcar las nuevas reses del año. Los garrocheros con sus caballos llevaban sus garrochas asidas con fuerza para caer las vaquillas que huían intentando encontrar a sus madres.

Ya había poco agua, sólo de cuando en cuando aparecía un pequeño charco que les servía de abrevadero.

Yo cogí una garrocha e intenté levantarla. Pesaba mucho.

- "Curro, que te vas a lastimar"- dijo mi abuelo.

Allí cerca, los hombres habían hecho un fuego y estaban poniendo al rojo unos hierros para marcar las vaquillas.

- Abuelo, ¿no le van a hacer daño?.

- Puede que sí, pero necesitan reconocer a sus crías y saber de quiénes son. A pesar de que viven en libertad tienen dueños.

Allá, a lo lejos, vi cómo corrían dos jinetes con sus garrochas tras una vaquilla, la derribaron y otros dos hombres se echaron encima para amarrarla y poderla así marcar. Un hombre se acercó con el hierro candente. Me dio un poco de miedo. Cuando se lo acercó al becerro, éste comenzó a bramar. Una humareda salió del cuerpo del animal y se extendió un fuerte olor a pelo quemado.

Tras la marca, soltaron al becerro, que dolorido corrió tras su madre.

Pepe, el guarda, me miró y me dijo: "Curro, perdigón, esto no es para ti. Cuando seas mayor entenderás que todo esto lo hacemos por tradición".

No entendía nada de lo que era eso.

Comenzaron a caer unas gotas de agua. Regresé con mi abuelo un poco triste. Las vaquillas no lloran, pero si sufren. No me gustaría que me marcaran con fuego.

## Curro y las Estrellas

**E**n brazos de mi abuelo me sentía seguro. Así me llevé mucho tiempo hasta que, cansado con mi peso, me dejó en la arena. No era tan malo su contacto.

El ruido del mar con su oleaje no hacía que me sintiera relajado. Yo miraba el agua y no entendía cómo se podía levantar una y otra vez yendo a parar hasta la arena.

- Ven, acompáñame, vamos a dar un paseo por la playa.-Me dijo mi abuelo.

Con la mano bien apretada caminé junto a él, mirando al mar de reojo, no me fiaba del agua ni de las olas.

Mi abuelo iba caminando cerca del agua y se iba mojando los pies. Yo le tiraba para afuera, no me hacía gracia mojarme los pies en un sitio que no veía donde estaba el fondo.

Él me intentaba engañar haciéndome que mirara a las gaviotas, los barcos en la lejanía, la gente que pasaba y cuando más descuidado estaba se intentaba de nuevo meter en el agua.

Una barca de pescadores se acercó a la orilla. Cuatro hombres con los pantalones remangados bajaron de ella y en cajas traían peces recién pescados. En un cubo que había dentro de la barca había unos animales con cinco brazos o algo que se les parecía.

- Mira Curro, estrellas de mar.-Dijo mi abuelo.

Yo lo único que conocía eran las estrellas del cielo de verlas en el Rocío, pero de mar no las había visto nunca.

Mi abuelo cogió una y se la puso en la palma de la mano. Tenía un cuerpo muy extraño formado por cinco dedos iguales pegados a algo que parecía un cuerpo. Yo le extendí mi mano y me la pasó. Era suave y su contacto no me desagradaba. Con mis cinco dedos la acaricié suavemente. -No tengas miedo. Está ya muerta. No te hará nada.-Dijo uno de los hombres.

Sentí un escalofrío. No me gustaban los animales muertos. La solté en el cubo y tiré de la mano de mi abuelo para alejarme de allí.

## La manta Rosa.

**A**quel año fue maravilloso.- Nos decía mi abuelo.

Mi padre y yo, nos metíamos Marisma adentro por aquí, por la Madre y llegábamos tres o cuatro leguas adentro. El agua lo cubría todo y se veía todo muy bonito.

Los patos huían nada más vernos llegar. Al regreso, nos traíamos un canasto de huevos para la semana, un par de patos cazados con las manos y observávamos si el ganado estaba bien y en zonas de pastos.

Un día salí con él muy temprano, casi no se veía nada. Una neblina espesa como cuajo de queso lo cubría todo. Yo le pregunté a mi padre si sabría el lugar que tendría que coger para no perderse. “La Marisma es un pañuelo arrugado”. - me dijo.

Aquel día llevábamos el caballo con un tiro y unas riendas enganchados en la patera. El pobre animal iba metiendo las patas hasta las rodillas y en algunas zonas le llegaba el agua hasta le barriga, pero aún así se le veía disfrutar en el agua. De cuando en cuando lanzaba un mordisco a las yerbas que encontraba más a mano y a su paso con el fin de entretenerse matando el hambre mientras andaba.

Cuando la neblina se fue despejando, comencé a oír el sonido de animales que no me eran conocidos, no eran patos ni gansos, pues estos los distinguías aunque fuera a oscuras.

- Lo que vas a ver no lo has visto nunca.-me dijo.

Mi sorpresa fue inmensa, tal que le pregunté a mi padre que porqué había cambiado de color la Marisma. La observé más detenidamente y vi cómo ese color se desplazaba con lentitud. Un color rosa claro lo cubría todo de uno a otro lado semejando una enorme manta.

Cuando nos fuimos acercando, vi que hermosas aves de largas patas y de un vistoso plumaje lo cubrían todo hasta hacerme creer que no era real.

- Llegaron ayer.-Comentó mi padre. Son flamencos y vienen de las tierras de los moros.

Mi padre cargó con pólvora la “ Carlota” y la disparó al aire.

En segundos, y según les fue llegando el sonido estruendoso del disparo, fueron remontando el vuelo, ocultando casi el sol. Había miles y miles. Eran majestuosos incluso en el aire, enderezando su largo cuello y estirando sus largas patas y todo sin dejar de cantar.

“Son flamencos y vienen de peregrinos a la Marisma cada año. Buscan la alegría del agua y de la tierra en este idílico paraíso”.

## SEMILLAS

**E**n primavera es cuando vienen las mejores crías.-Decía mi abuelo.

- ¿Yo nací en primavera?.-Pregunté a mi mamá.
- Sí, nacistes en Mayo.Antes de la romería.-Me dijo ella.
- Y, ¿Me llevastes en tu barriga?.-Le pregunté para que me lo afirmara.
- Pues claro, ¿dónde si no te iba a llevar los nueve meses?.-Me dijo mirándome a la cara, esperándo ver una cara de incredulidad.

Me quedé mirando a mi mamá, que estaba guapísima. Me abracé a su cintura y le di un par de achuchones.¡ Y yo había estado allí dentro!. Son cosas que no comprendo, pero si ellos lo dicen, yo me lo creo.

Mi padre cuenta que a él le dijeron que una cigüeña que venía repartiendo los niños lo dejó en una palmera de la plaza del Chaparral.No me puedo explicar cómo no se pinchó con sus puyas.

Mi abuelo Curro me contó que a él lo dejaron enmedio de la Marisma en una patera, que su madre lo encontró cuando buscaba huevos de patos y oyó sus llantos. Su madre se tuvo que mojar para poderlo recoger cogiendo una pulmonía que casi le arrastra a la otra vida.

De pequeño, su madre no tenía leche y entre las vecinas le criaron, amamantándolo de la leche que tenían de más criando a sus pequeños. Mi abuelo dice que él tiene dos hermanos de leche. Yo me los imagino blancos como la pared o la leche y con la misma cara de mi abuelo.

A los pocos meses su padre se empeñó y compró una vaca lechera con la que pudo suplir la falta de leche que tenía su madre. La vaca daba tanta leche que, con la que sobraba, la repartía entre las vecinas que antes le había dado el pecho. Recuerda mi abuelo que todo lo imaginable en comida llevaba leche, leche frita, pan de leche, arroz con leche, bollitos de leche, mantequilla, nata, y más cosas que no se acuerda.

Eran años de escased, pero años en los que el compartir se hacía con letras mayúsculas. Él dice que podías irte tranquilo a la marisma, que a tu regreso nadie entraría en tu choza, que sin cerrojos ni cerraduras guardaban lo poco o mucho de valor que tuvieses.

Me ha dado por pensar que cada vez nacemos más cerca. Mi abuelo en una patera, mi papá en una palmera y yo en la barriga de mi mamá. Las cigüeñas de antes no sabían trabajar, pues se le extraviaban todos los niños. Las de ahora los llevan, dice mi madre, al hospital. Deben de estar enfermos, digo yo.

## El inocente Manolito

-Papá. ¿Quién viene por el camino?. Le dije a mi padre.

-Déjame ver. ¡No puede ser otro!. Es Manolito. ¿ Ves lo que lleva detrás?.

-Si, pero no sé lo que es. Parece que son cuerdas y algo amarrado a ellas.

Cuando se acercaba a nosotros noté algo diferente que no había notado nunca. Manolito venía montado en un largo caballo de caña que venía haciendo raya en la arena del camino. Su correa de cuerda le sujetaba unos anchos pantalones, manchados sobre todo en las rodillas y en las nalgas.

Manolito a todas horas sonreía. Mi papá, que lo conocía de cuando iba al colegio lo saludó diciéndole:

-Manolito. ¿Cómo ha ido el año?.

Manolito levantó su caballo caña diciendo: "So rabuo". "Po no ha estado mal. 5 potrillos he sacado de la Marisma".

-Si vendes alguno, acueérdate de tu amigo el guarda-Le dijo mi papá.

-Hombre, po pa se pa ti te puedo dejar uno en medio bocadillo. Que si quieres dos de buena raza te los dejo en bocadillo entero.

-Trato hecho.-Le dijo papá.

Yo la verdad, no sabía que estaban hablando. Manolito le dió a mi papá dos trozos de cuerda negra con un trocito de caña amarrado a ella que llevaba arrastrando por el camino y amarrado a lo que le servía de cinturón.

-Trátales bien y dales bien de comer.-Dijo

Mi papá sacó de sus alforjas un bocadillo y se lo dio a Manolito.

-¿Éste quién es?.-Le preguntó dirigiéndose a mí. ¿ Es tu crío?.

-Sí- le contestó papá.

Manolito me miró a los ojos con infinita ternura. No era un niño, ni un muchacho, ni un hombre.

Se rascó la cabeza y, sin mediar palabra, dijo en voz alta. "Vámonos, Rabuo". Y con un paso exageradamente rápido desapareció del camino.

-Papá, le has dado nuestro bocadillo.-Le dije.

-A él le hace más falta que a nosotros. Cuando lleguemos a casa comeremos, él no. Además, he hecho un trato. He cambiado el bocadillo por dos caballos. Aquí los tienes.

Mi papá me dio las dos cuerdas con los trozos de caña. Los enganché a mi correa y me puse a trotar por el camino. Mi papá, que me miraba, sonreía y me dijo:

-"Dentro de todos nosotros hay siempre un Manolito".

## LA CAZA DEL CONEJO

**I**bamos de regreso a casa cuando descubrimos a Manolito agachado junto a una cueva de conejos. En sus manos, una cuerda que se introducía en la madriguera. De rodillas como estaba, acercaba el oído al suelo en un intento de escuchar algo.

-Mira Manolito. Está cazando conejos.-Dijo papá.

-Pero si no se puede cazar-Le dije.

Frente a nosotros un todoterreno con dos picoletos se acercaban y con ellos nos cruzamos, no sin antes echarnos a un lado para poder pasar los dos vehículos debido a la estrechez del camino. Mi papá les dijo adiós con la mano. Todos se conocen y todos se saludan.

-Vaya, esos dos son nuevos. Comentó papá.

Papá miraba por el espejo de dentro del coche y paró éste.

-¿Qué pasa papá?.-Dije yo extrañado.

-Manolito estará en un apuro.-Dijo papá.

Con mucho trabajo y en el camino, dio la vuelta con el coche. Vimos como los civiles se apearon del coche y se acercaron a Manolito llamándole la atención.

Manolito, sin inmutarse, seguía en el suelo tendido a todo el largor. Cuando estuvimos cerca, pudimos escuchar a los guardias.

-Levántese y saque de la cueva al hurón-Dijo uno.

-Se te va a caer el pelo que tienes.-Dijo el otro.

Manolito, sin atender a los guardias, hacía gestos para que se callaran para él poder seguir escuchando.

Cuando mi papá se acercó, uno de los guardias se dirigió a él:

-Usted no ha visto a este hombre cazando.-Gritó a papá.

-Perdonen, pero no conocen a Manolito.-Dijo papá.

-Ah, así se llama.-Dijo mientras se echó manos al bolsillo para sacar el cuaderno de denuncias.

-Yo les puedo explicar.-Dijo papá.

-No hay nada que explicar, en el cuartelillo lo hará.

Manolito gritó:" Phsss"."¡Callaos!, que no lo escucho".

Mi papá con voz dulce se acercó a Manolito y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

-Manolito, estos señores que no te conocen, quieren ver a tu hurón. Anda sácalo y se lo enseñas.

Manolito movió la cabeza a uno y otro lado casi negando, pero empezó a tirar de la cuerda despacito. Un panizo de maíz estaba amarrado a la cuerda.

-Aquí está el hurón.- Dijo papá enseñandoselo a los guardias.

Los dos se quedaron boquiabiertos, igual que yo, que esperaba desde el coche. De buena se había salvado.

## ¡ Fuego!. ¡ Fuego!.

Una densa humareda se levantaba allá a lo lejos. Me subí con mi padre y con mi hermano arriba de la azotea. Desde allí podíamos divisar por dónde se quemaba la marisma.

- ¡ Sin duda alguna, algún loco le ha metido fuego!. En esta época hay mucho matorral seco y se ve que arde por distintos sitios.

No entendía muy bien lo que pasaba. Los hombres corrían por las calles y se montaron en un vehículo cargado de palas y máquinas de fumigar.

Mi papá, que es un valiente, se unió al grupo no sin antes advertirnos.

- ¡Ni se os ocurra moveros de casa!. ¡Ahora vendrá mamá, pero yo me tengo que ir a ayudar!.

Vi que se puso su ropa de faena y cogió su zoleta.

- ¿ Es que vas a cavar?.-Le pregunté.
- Tú y tus cosas.-Me contestó y no me explicó más.

Antonio, que es mayor y sabe más, me explicó que la usan para rozar los matojos y las yerbas y que no sigan ardiendo y las que ya arden las entierran o apagan con tierra.

Vimos un camión amarillo con unas ruedas gordas que corría camino adelante por donde se veía la humareda mayor haciendo sonar la sirena.

Nuestro vecino Rafael se asomó a su patio al escuchar el ruido de la sirena. Nos dijo:

-¿Qué está pasando?.

-La Marisma arde.-Le contesté en un periquete y preso de una voraz inquietud.

Rafael se asomó a su azotea:

-¡Y nada menos que por ocho puntos!. Seguro que lo han hecho adrede. Cuando esto sea un desierto sin animales y sin plantas, entonces estarán contentos.

Escuchaba a Rafael y no entendía nada de lo que ocurría. La noche empezaba a caer y los resplandores de las llamas se veían desde donde estábamos.

-El fuego todo lo destruye y lo convierte a cenizas. Los animales huyen porque destruyen sus casas y su comida. Y el hombre¿Qué saca el hombre de todo esto?-Dijo Rafael.

Rafael tenía mucha razón. Toda la razón. Me rasqué la nuca y seguí pensando.

Con la calor que hace lo pasarán mal para apagarlo. Espero que a mi papá y a sus amigos le den tiempo de rozar toda la marisma para que no siga ardiendo.

## Del Rocío al Cielo

Mi madre apareció en la puerta de la habitación con dos lagrimones en los ojos. El abuelo Curro estaba muy malito y no se sabía si se salvaría.

Yo desde la puerta del cuarto observaba al médico que con unos aparatos en las orejas tocaba a mi abuelo que, cansado ya de respirar, se le escuchaba menos.

El médico movía la cabeza de uno a otro lado indicando con su mirada algo ya irremediable.

-No debió de salir a la marisma con este tiempo.-dijo.

-Tenía que echar de comer al ganado.- dijo mi madre.

-Pero con su edad esta mojada puede ser mortal.

Yo que no perdía palabra, andaba descalzo por el salón sin saber que puede o debe de hacer un chico de cuatro años.

Salí a la calle. Estaba atardeciendo y los tibios rayos del sol se ocultaban por el horizonte.

Sin saber porqué comencé a correr en dirección a la ermita. Descalzo como iba no sentía la tierra bajo mis pies y corría y corría como queriendo robarles metros a la distancia.

Me paré en la entrada de la ermita.

La virgen me miraba. Me fui acercando con pequeños pasos pisando la arena depositada en el frío mármol. Un olor a nardos lo invadía todo.

Subí los escalones de la reja y agarrándome a ésta me puse de rodillas.

No había nadie en la ermita. Sólo el santero que sentado en una silla quitaba las flores marchitas de un jarrón.

-¿ Qué haces aquí Curro?.

-Mi abuelo está muy malito y vengo a pedirle a la virgen.

Suspiré y recé las oraciones que mi madre me había enseñado.

Cuando regresé a mi casa, mi madre lloraba en la puerta de la casa. Mi padre dejado caer en el quicio, tenía la mirada perdida.

- Currillo, abuelo se ha dormido para siempre- .me dijo.

Un nudo se me hizo en la garganta. Espero que Dios y la virgen le dejen un puesto en primera fila en el cielo y, como él quería, cerquita de la marisma.

### LA ABUELA ROSARIO.

La miré a la cara y la tristeza le llenaba el rostro. Desde la muerte del abuelo, no la había visto sonreír. Hacía sus faenas absorta y sin darse cuenta de qué es lo que estaba haciendo. En mitad del trabajo se paraba y con la mirada fija en no sé qué respiraba agitada hasta que volvía otra vez en sí.

Por las tardes se sentaba bajo el soportal y se quedaba mirando la marisma, sin decir nada, a veces sonreía y de nuevo la tristeza volvía a su rostro.

-Abuela. ¿Qué te pasa?.

-Nada, nada.-Me dijo para que no le preguntara.

-Seguro que te pasa algo y no me lo quieres decir.-Le dije.

Me acerqué a ella y le cogí las manos

-Echo de menos al abuelo, Currillo. Tantos años juntos.

-No te preocupes, que yo sé que está en un buen sitio.-Le dije.

-Venga, Curro.- Me dijo mirándome fijamente a los ojos.

-De verdad, abuela. Cuando salgo todas las mañanas y me acerco a la marisma, me parece que lo veo montado en su yegua blanca, aquella que se murió picá de dolor, por allá a lo lejos. Lo he llamado y no me escucha y veo que se aleja tras el ganado. Ya lo he visto tres días seguidos y no te he querido decir nada.

La abuela me miró con cara de sorpresa e incredulidad.

-No me digas eso para animarme. Sé que no puede ser y tú eres tan bueno e infantil.

-Tú no te preocupes, que mañana me llevo las botas de agua y me meto marisma adentro para decirle que se pase aunque sea un ratito por aquí.

-No seas loco ni hagas locuras. Abuelo se marchó un día sin despedirse siquiera. A la marisma le entregó su vida y ella lo recogió. Yo sé que debe de estar en alguna parte. No le olvido ni le puedo olvidar, aunque haya muerto. En mi corazón late ese recuerdo suyo de verlo entrar con su gorra y su eterna sonrisa. Como quien todo lo puede, como quien todo lo sabe de éste mundo tan nuestro del Rocío. Espero Currillo que tú, cuando seas mayor, seas lo bastante hombre para coger ese relevo que tu abuelo llevó en su vida y que él recibió de sus padres.

Tras las palabras de la abuela se dibujaba en su rostro una leve sonrisa. Le había sentado bien hablar conmigo.

Cogiéndome la cara en sus arrugadas manos, me atrajo hacia sí y me zampó un sonoro beso en mis carrillos.

-Currillo, tu formas parte del abuelo y él habita en ti.

Me quedé más pensativo que nunca si cabe. Me toqué mi cuerpo. Sigo siendo yo. ¡ Qué complicado los mayores!. Me dije.

## TERCERA PARTE

### EN LA FIESTA.

## La Virgen

En todas las casas del Rocío que yo conozco hay un retrato de la Virgen. Además, en mi casa me he visto en un retrato grande cómo me acercan entre un gentío inmenso a los pies de la Señora.

Yo, la verdad, no me acuerdo de nada, pero mi mamá me cuenta que cuando pasó la Virgen por mi calle, mi padre, en un acaloramiento con sus amigos, me arrebató de los brazos de mi mamá y me fueron pasando de mano en mano hasta que me pusieron en las andas.

Los que lo vieron empezaron a aplaudir y a dar vivas a la Virgen del Rocío.

Eso de dar vivas no sé lo que es. Mi abuelo me lo ha explicado, pero sigo sin entenderlo.

Mi abuela dice que lo recuerda como si fuera ahora mismo. Fue llegando el verano. Aquel año la marisma tenía aún un verde precioso y las vacas y los caballos se les veía por todas partes. Ella dice que se acuerda tan bien porque fue el año que una víbora picó a mi padre en una pierna y casi lo mata. La víbora estaba caliente pero no pudo inyectarle todo su veneno.

Mi abuela dice que la Virgen lo protegió y lo salvó. Desde entonces, mi papá lleva siempre una medalla de la Virgen del Rocío.

## Las Ceras del Cielo

**E**ste domingo he ido a la ermita con mi madre y mi abuela. Llevábamos un ramo a la Virgen en la fecha de mi cuarto cumpleaños.

No sé si por la hora que era, pero lo cierto es que no se cabía ni de lado de tanta gente como había dentro y fuera de la iglesia.

Nos acercamos como pudimos hasta la reja. Allí estaba el Santero y mi madre le alargó el ramo.

- "Ponlo cerca de la Señora". -Le dijo mi mamá.

- "Descuida". -Le contestó.

Se dirigió a un jarro plateado y llenándolo de agua colocó las flores después de haber recortado un poco los cabos.

- " Estas te van a durar"- dijo a mi mamá, que rezaba junto a la reja.

La virgen tenía muchas flores bajo sus pies. Yo, tras la reja, no la veía. Las flores y mi estatura me la ocultaban. Todas las flores eran blancas, pero distintas.

Mi abuela traía en una bolsa cuatro velas de cera que había comprado en la tienda.

- " Vamos a colocarle las velas a la Virgen"- dijo mi abuela.

Cuando entramos, hacía una calor espantosa. Muchísimas velas encendidas se derretían soltando un humillo negro y nada agradable.

- "Mamá, ¿Para qué es esto?.

- "Aquí se colocan las velas de cera para que suban al cielo las plegarias que se le hace a la Virgen. Desde el cielo está la Señora escuchando y viendo a los hombres.

Me quedé pensativo. La cera no se come, pero se quema. No sé qué comerán los que viven en el cielo, pero deben de estar ahumados como las paredes del velorio con tanta cera.

## EL TRABUCO

**H**oy estoy aburrido. Es domingo y llevo ya sentado en la terraza de mi casa un buen rato. Al no haber cole, los niños nos quedamos más tiempo en la cama, pero yo no. Anoche me acosté temprano y ahora estoy aquí sentado y sin saber que hacer.

Gala, mi perra, está echada a mis pies. Le veo también cara de aburrimiento. Tendida en el suelo, duerme, su cabeza sobre sus patitas. De vez en cuando abre los ojos y me mira deseando que yo le dé alguna actividad. Le silbo y le chasqueo los dedos y ella, sumisa y agradecida, se sube a mis piernas desnudas con un cuidado inmenso para no arañarme con sus uñas. Su rabo lo mueve de aquí para allá y a veces juego a atraparlo con mi mano. Coloco la otra en la espalda para darle un poco de dificultad e intento cogerle su rabo que más parece el de una lagartija que el de una perra.

- "Vámonos". Le dije.

Entré dentro de la casa y abrí el armario del salón. Mi papá no quiere que andemos ahí porque él guarda la escopeta desmontada en piezas, los cartuchos y....

Descubrí algo que no había visto antes, y si lo había visto, nunca había reparado en ello.

Gala me miraba y movía la cabeza a uno y otro lado esperando que del armario saliera un conejo, una perdiz o que sé yo.

Cogí el artefacto, que de esto se trataba, y pude observar que parecía una escopeta. Lo de atrás, de madera y lo de delante, de hierro. Su boca muy ancha, como si estuviese bostezando. Me la eché al hombro y animé a mi perra para que me siguiera. De puntillas y sin hacer ruido, salí de nuevo de la casa.

En el porche, con el artefacto al hombro comencé a jugar a los soldados. Iba andando de uno a otro lado y mi perra me seguía

Rafael, mi vecino, que se asomó a su puerta y me vio tan entusiasmado, se acercó y me dijo:

- ¡ Buenos días Currillo! .¿ Qué haces con el trabuco?.

- ¿ Qué trabuco?. Le contesté, demostrando ignorancia.

- Pues ese que llevas en el hombro.

- ¿ Esto es un trabuco?. Le dije.

- Es el de tu abuelo Curro, que usaba cuando salía la virgen.

Rafael se acercó y cogiéndolo en sus manos miró bajo el trabuco, donde se coloca el hombro, y me leyó una placa plateada:

De Curro

Este Trabuco

Escupe fuego

En honor de la madre

De todos los almonteños.

- Ten cuenta y no lo rompas. Vale mucho.- Dijo Rafael antes de irse.

Miré el artefacto trabuco. Ahora debería estar apagado, pero por precaución al fuego, entré a dejarlo donde estaba. El fuego me da miedo. Mi abuelo decía: " Quien juega con fuego, se quema".

## Regreso a la ermita.

Una gran nube de polvo lo cubría todo. En hombros de mi papá veía las cabezas de todas las gentes, altos y bajos, hombres y mujeres, niños y menos niños. Muchos intentaban de llevar en volandas a nuestra Madre.

La Virgen, oculta tras los ropajes que se le pone, parecía una majestuosa montaña llena de polvo y movimiento.

Bajo la sombra de un eucalipto esperábamos que se acercara la imagen y su gentío, que paso a paso intentaban recortar en un adelante y atrás el camino.

- "Coge un poco al niño, que voy a meterme a ayudar".- Dijo mi padre.

Me puso en brazos de mi madre y entre empujones y codazos vi cómo se fue metiendo hasta llegar hasta el paso que en ese momento se había detenido.

Mi madre, cargada conmigo, respiraba agitada. Mi hermano Antonio, agarrado a la falda de mi mamá, se empinaba para poder ver sin poderlo conseguir.

- "Mamá, ahora me toca a mí". Dijo mi hermano.

- "Si tú pesas mucho y yo contigo no puedo".- Decía mamá.

Yo, aprovechándome desde mi altura, no le quitaba ojo a mi papá, que se le había llenado la cara de sudor y de polvo. Su cabeza, junto a las de los demás, me las imaginé como las aguas del mar y el paso era el barco. Yo mismo me reí. -Qué cosas tan tontas pienso-Dije para mí.

Al rato, mi padre apareció. A su camisa le faltaban botones y el bolsillo estaba casi arrancado.

- "¿Y esa facha?.-Le dije.

Mi padre me miró y se rió.

- "Hoy no hay facha que valga". -Me dijo.

Se secó el sudor en su brazo y de nuevo me cogió y me subió a sus hombros.

- "Pesas menos que la Señora".

Me agarré a su cuello para no caerme. Cuando crezca y sea mayor me gustaría ser como mi padre, fuerte, valiente y cariñoso.

Me agaché donde estaba y le dí un beso apretado en sus sudados pelos. Sentí un apretón de manos. Se había dado cuenta. Me salió del alma "Te quiero hasta las orejas". Y me agarré aún más.

## LA HIJA DEL TAMBORILERO.

-Antonio, Curro, venid que vamos a ver entrar la hermandad de Triana.-Dijo mi papá.

Mi papá, que había arreglado ya el caballo con la grupa, nos montó a los dos. A mi hermano detrás, y a mí delante, entre él y la perilla.

-Es hermoso ver como entran tantos caballos y carretas.-Comentó papá.

Cogimos camino de Puente del Rey para verlos allí llegar. Las ocho de la tarde y ná. Algunos jinetes que venían desperdigados le dijeron a mi papá que ya venían a un par de Kilómetros. Había mucha expectación y muchas gentes aguardaban que llegara la hermandad. El arroyo tenía poco agua y dando un pequeño salto se podía atravesar.

Al rato de estar allí nos bajamos del caballo y nos pusimos bajo un pino a la sombra.

-Aquí podemos esperar a que vengan.-Habló papá.

El puente de madera que se había llevado la riá, ya lo habían reconstruido y con anchas tablas en el suelo y apoyos de barandas parecía fuerte hasta que viniese la próxima crecida.

Muchos jinetes a lo lejos nos advertían que ya venía la hermandad. Vimos muchos caballos, diríase que cientos o miles. Muchos desperdigados y otros en formación.

Una carreta de plata y con cascabeles se acercó a donde estábamos. El boyero de pié, dominaba a los bueyes que, con paso lento enfilaban el puente de madera. Un tamborilero les precedía y, tocando con atino la gaita, le daba una nota de ceremonia rociera. A su lado, una niña de 5 ó 6 años, que a duras penas podía mover los pies por las arenas.

-Papá, no puedo más.-Dijo la niña.

Miré a la niña y le sonreí, cuando me miró, dio un tropezón y cayó de bruces en la arena.

Su papá dejó de tocar y la levantó del suelo.

-¡Ay Mariquilla!. Te dije que no aguantarías.-Le dijo su papá.

La niña María, que así se llamaba, le aparecieron dos lágrimas en los ojos y con una tenue voz le pude escuchar: "No puedo más". Su papá dejó el tamboril en el suelo y, aprovechando que los bueyes se habían parado, izó a la niña arriba de la yunta de los bueyes, arriba de uno que tenía una gran cabeza. La niña se agarró al yugo para no caerse.

-Yo peso poquito.-Le oí decir al boyero, que la miró con agrado

-Ay mi tamborilera chiquita.-Dijo el boyero.

La comitiva siguió su camino pasando por encima del puente que con quejidos y chiriando soportaba el enorme peso de la carreta.

No volví a ver a la niña, pero recuerdo su graciosa cara con los lagrimones y subida en la cabeza del buey.

## EL BUEY MANSO

Ayer entraron muchas hermandades en el Rocío y las carretas y los bueyes se los veían supercansados.

En la esquina de mi calle pusieron los de una hermandad con trabas en los pies y amarrados a una estaca. Una espuerta de agua y otra en la que habían echado paja y un buen puñado de habas secas.

Uno de ellos estaba tendido y no quería comer. El boyero, que es amigo o conocido de papá, le tocaba la testuz o la frente, que es lo que yo le llamo, y ponía cara rara.

-Este buey tiene fiebre.-Decía.

Yo que me acerqué, imité al boyero y le puse también mi mano y le acaricié en esa gorda cabezota. Tenía los ojos muy tristes

-¿Te gustan los animales?.-Me preguntó el boyero.

-Si.Yo cuando sea mayor voy a ser médico de animales.- Le dije.

-Me hace falta tu ayuda ahora. ¿Qué le puedo dar?, señor futuro médico de animales.

El amigo boyero me estaba poniendo en un compromiso. Pero recordé en aquel momento a mi abuelo Curro que sabía muchas cosas de animales y sus enfermedades. Él me decía que lo que sirve para las personas también sirve para los animales.

-Pues yo diría que si tiene fiebre hay que darle aspirina. Y como será mucha la fiebre porque dá tiritonas, por lo menos hay que darle 5, una por cada pata y una por la cabeza.-le contesté.

-Hablas con razón. Lo malo es que, ¿dónde encuentro ahora yo aspirinas?.

-No te apures, que de todas esas cosas tiene mi abuela un montón.-Le dije.

Me fui a buscar las aspirinas y dejé al boyero con cara de preocupación.

Se las pedí a la abuela y le dije para qué las quería y ella me las buscó. Las tenía en la alacena, en un sitio muy alto al que yo, que soy el más pequeño, no llego. Además que me tienen prohibido que toque las medicinas.

-Sabes que tu abuelo habría hecho lo mismo. Ten este trozo de pan tierno y estos higos secos.-Me dijo la abuela.

-¿Para qué quiero el pan?.Yo no tengo hambre.-Dije.

-Curro, es para que le escondas en ellos las aspirinas.-Rió la abuela.

Tengo una abuela sabia. En eso yo no había pensado.

El buey seguía tendido y le enseñe al boyero las aspirinas y se las escondí en los higos que se los comió en un periquete. Después le di el pan, que también se lo comió.

Ya por la tarde, vi que el buey se había levantado y ramoneaba entre las pajas buscando las habas secas que también le gustaba.

El boyero se me acercó cuando me vió y me dijo:

-Vas a ser un buen doctor de animales. Me has curado a mi buey. Para mí serás desde hoy Don Curro del Rocío, médico de animales.

Lo escuché y sonreí. Eso no me lo había llamado nadie y me sonaba bien."Don Curro", me repetí para mí,"Médico de animales".

## APRETUJONES

-¿Puedes respirar?.-Escuché extrañado.

-Si, todavía puedo.- Contestaba otro hombre.

Mi padre se había propuesto que en sus hombros me tenía que meter dentro de la ermita cuando la fueran a sacar para que viera de cerca el " *salto de la reja*". Ya lo había hecho antes con mi hermano hace dos años y éste me tocaba a mí.

Lo primero que hizo fue quitarme los zapatos.

- ¿Porqué me los quitas?. Le pregunté extrañado.
- Los pies no lo vas a perder, pero los zapatos, seguro que saldrías sin ellos.
- Papá, me da un poco de miedo.-Le comenté.
- Currillo, el miedo es normal, pero no es nada que te pueda herir y si no te hiere, no le debes de temer. Hay una sevillana que dice:

Si al saltar la reja, Madre  
Dudo por un momento  
No es que no te quiera,  
No es que yo tenga miedo.  
Sólo es que espero  
a mis hermanos Almonteños.

Antes que entrara el simpecado, ya mi padre y yo en sus hombros habíamos ido metiéndonos entre quienes aguardaban la hora de poder sacar a la Pastora.

Ahora entendía lo de los zapatos. Mis pies, apoyados en los antebrazos de papá, estaban protegidos de golpes o apretujones. Mi papá no andaba, sino que arrastraba los pies intentando que nadie osara robarle el espacio que bajo él estaba. Vi cómo una muchacha que intentaba estar en el recinto andaba en volandas sin tocar el suelo.

Todos los hombres en su mayoría parecían que iban de puntillas y basta que uno empujara en una esquina para que el movimiento llegara a la otra esquina.

Cuando acabó de entrar el simpecado, fue acabanza de mundo, como dice mi abuela.

Iniciados como por resortes mágicos, la avanzadilla de Almonteños animaron a sus compañeros para que le siguieran y así aunar esfuerzos. Algunos, en su loco maniobrar sobre la reja, se caían de bruces, pero sin dañarse volvían otra vez a las andadas y cogían el paso en un vano intento de levantarlo, hasta que por fin la sacaban en brazos y con brazos, que no hombros.

Mi papá, que me agarraba fuertemente, me dijo:

- Curro, algún día esto que ves lo harás tú.
- No le pude contestar. Un miedo roto en mi interior había desaparecido para siempre.

## La saca de las yeguas

**H**oy ha sido un día muy especial para mí. Yo he visto por primera vez la saca de las yeguas en mi Rocío.

Me he levantado muy temprano y me he puesto la ropa de faena, mi pañuelo de yerbas, mis zahones y me he calado mi gorra hasta las orejas. Estaba tan contento que ni me acordaba de desayunar para tener fuerzas para lo que me esperaba.

Yo iba con Pepe en Palmira, en la que cargamos en un zérón todos los hatos y el agua para los hombres.

Ayer habían salido quienes tenían más ganado y le tenían ya recogido en un prado en la marisma.

Mi hermano Antonio iba montado con mi padre en la yegua, le faltaban brazos para agarrarse a la cintura de mi papá. La yegua tiene mucho genio y, aunque está bien domada, se intenta resistir a meterse en el agua. No es que le dé miedo, sino que no quiere mojarse sus lindos cascos.

Nunca en mi vida había visto tantos caballos juntos. Caballos, caballos y caballos. Caballos aquí y allá. Cuando mi abuelo en mi casa me hablaba lo que se hacía antes, nunca imaginé que hubiera yeguas potrillos y caballos.

Un potro negro precioso que apenas se sostenía sobre sus patas intentaba seguir a su madre. No se despegaba de su vientre y relinchando su madre, le indicaba dónde estaba y le advertía que no se alejara.

A las dos de la tarde todos los caballos y yeguas con sus potrillos tenían que estar frente a la ermita. Eran tantos que levantaban una enorme polvareda.

Los yeguerizos traían las yeguas por tropas o manadas y se iban colocando en distintos sitios de guías para que no se despistasen ni los potrillos ni sus madres.

Frente a la ermita se iban parando todos los animales. Los hombres, ennegrecidos por el polvo del camino, aparecían cansados. Sus pañuelos, arreatados a la cara, estaban mojados de sudor. Tras un breve descanso, se preparaban para seguir hasta Almonte.

No olvidaré nunca esta experiencia. El próximo año volveré para ver cómo sacan de nuevo a las yeguas de la marisma.

## CABALLITOS DE FERIA

Ya tengo la hucha que me regaló mi abuela a reventar. Intento meterle y meterle monedas y no cabe, y el dinero de papel se ve por la rajita apretujao y arrugao tanto, tanto que creo que ya no deben de valer.

La hucha me la compró mi abuela Rosario el pasado año en la feria de San Pedro y me la regaló diciendome que "el que sabe guardar siempre encuentra". Ella me decía que cuando pequeña ella tenía una loza debajo de la cama y allí escondía todas sus cosas de valor, papeles, monedas y alhajas.

Yo me la imagino que tenía que ser como una caja de cartón enterrada en el suelo, si le abres la tapadera, seguro que le cabían las cosas, pero a mí, todo meterlo por una rajita. Menos mal que el cerdito de la hucha estaba bien cebado que si no , no habría podido juntar casi nada.

Cuando la rompa la próxima semana voy a invitar a mis amigos del cole a caramelos ya que es mi cumpleaños. El resto lo voy a guardar para comprarme ropa nueva y poder montarme en los cacharritos de la feria.

Lo que más me gusta de todos es el tiovivo de caballitos. No sé por qué le llaman así ya que no es mi tío y los caballitos están bastante adormecidos como para no sentir los guantazos que mi hermano Antonio le dá. Yo me agarro con fuerza a esa barra brillante que le sale al caballo en el lomo, en todo lo alto y no me atrevo ni a golpear ni a acariciar, sólo a agarrarme que me parece que la voy a partir en dos de lo apurado que me veo.

Mi hermano se ríe y jalea a su caballo o a su yegua y me mira burlándose de mi miedo soltándose él en un trabajo de especialista equino o de jinete loco.

- ¡Mira, mira!-Me dice en el subi-baja.

Y jaleando al cartón de su caballo veo en sus ojos el brillo de los niños valientes y triunfadores.

Estos cuentos nacidos de mi imaginación y de la hermosura del Rocío quiero dedicárselos a tres hermosos seres que para mi han sido fuente de inspiración , mis hijos y también a aquella persona que con su apoyo hizo realidad la superación , el atino y el conocimiento de este mundo para mí tan desconocido.

Junio de 1999